

E. M. Cioran, música y filosofía

DAVID DE LOS REYES
Escuela de Filosofía (FHE-UCV)

¡Qué son todas las melodías ante aquella
que nos sumerge en la doble imposibilidad
de vivir y de morir!

CIORAN, *Silogismos de la Amargura*.

RESUMEN

Nuestro ensayo aborda el tema de la música en la obra de este pensador, para quien, al sumergirnos en la música entramos en las *intimidades* del ser, donde los efectos de la ilusión del mundo se disipan y el saber se declara nulo. Sin la música se hubiera producido y podido prever un solo estilo vulgar de civilización. Por ello la música es lo único real, pues por ella se nos ofrece un sentido de lo absoluto. De lo absoluto vivido gracias al asentar nuestro ser sobre el horizonte de una inmensa ilusión. La música es un absoluto efímero y, en suma, una paradoja. La música termina siendo así un universo autónomo, el más real por ser el más sentido; espacio insaciable y evanescente ante nuestro ser. El acercamiento de la música tiene un efecto definitivo; sus palabras son rotundas: *la música nos debe volver locos, si no ello es nada*. Ser un torrente sonoro en posesión integral del mundo sin dejar de preguntarse uno mismo por qué no podemos ser acaso un universo.

Palabras clave: MÚSICA, SER, ABSOLUTO, CIVILIZACIÓN, BACH.

SUMMARY

Our text approaches the music's topic in this thinker's work. For who we enter in the being's intimacies when submerging the music where the effects of the illusion of the world vanish and the knowledge declares null. Without the music he/she had taken place and been able to only foresee a vulgar style of civilization. Hence the music is the only thing real because for her we are offered a sense

of the absolute thing. Of the absolute thing lived thanks to seating our being on the horizon of an immense illusion. The music is an absolute one ephemeral and in sum, a paradox. The music finishes being this way an autonomous universe, the most real to be the more sense; I space insatiable and evanescent before our being. The music's approach has a definitive effect; its words are firm, the music should become crazy, but it is it anything. To be a sound torrent in integral possession of the world without stopping to wonder oneself why we cannot maybe be an universe.

Key words: MUSIC, TO BE, ABSOLUTE, CIVILIZATION, BACH.

Cioran es un pensador de necesidades vitales. Consecuente con un escepticismo y un cinismo antiguo vital, feroz y arrollador, su postura y estilo desprecian toda ilusión superficial, no se detiene a preservar nada; no respeta los secretos ni las prohibiciones indispensables para la duración de las certezas y la construcción de monolíticas verdades; el escéptico será el hombre inutilizable por excelencia: no se apega, no se fija y sabe que todo busca su fin. Así advierte que la civilización es un supremo ímpetu hacia lo peor, sólo intoxica, es nuestra droga; nuestro apego a ella nos da todos los síntomas de una adicción, una mezcla de éxtasis y rechazo. Y si ello es así para la acritud de este autor, bien podríamos preguntar, ¿cómo es que la música, y no la filosofía, vendría a ser el bálsamo de los infortunios del vivir? La música, como nos ha dicho Keats, refleja el sentimiento de que, «después de todo, seguramente hay algo real en el mundo»; la filosofía, a sus ojos, sólo nutre la enfermedad de tener conciencia.

Su personal relación con la filosofía nos da un acicate para descifrar la huella de su pensamiento. Su apego a ese arte es una relación de amor/odio. En la antigüedad, lo profundo era la filosofía y no la religión; no era una visión de tribu sino de locos ahítos de razón apegados a la aventura del pensar y sentir el ser. Ante la filosofía moderna occidental se mantiene a distancia: se puede prescindir de ella, nos dirá. Ante sus ojos, los grandes sistemas filosóficos no son, en el fondo, sino meras tautologías. No encuentra ninguna ventaja en saber si la naturaleza del ser consiste en una *voluntad de vivir*, en la *idea*, en el *concepto*, en la fantasía de Dios o en la Química. Todas esas propuestas las siente simples

proliferaciones de palabras, sutiles desplazamientos de los sentidos. Para nuestro desesperado rumano, lo que *es* repele el abrazo verbal; la experiencia íntima no nos presenta nada más que el instante privilegiado e inexpresable (Cioran, 1980). Su reflexión y su amargura lo acercan a la nada, al *Nirvana*; pensar la filosofía como búsqueda de la verdad es sólo un pasatiempo de adolescentes, o un síntoma de senilidad. Los éxitos del pensamiento, desde el Renacimiento hasta nuestros días, no prevalecen para nada por encima de la griega, la hindú o la china. Se puede pasar sin ella y oponerle las meditaciones de un Sankara (Buda), de un Lao-Tse o de un Platón; la filosofía es un privilegio de individuos y de pueblos *biológicamente* superficiales; de una insuficiencia vital y de un deterioro de la afectividad; gracias a lo dionisiaco, la música nos devuelve el ser. Sin el imperialismo del concepto, la especulación hubiera podido estar ligada a la música: hubiera sido el paraíso de la evidencia inexpresable, una epidemia de éxtasis. Sin embargo, para su accionar irónico ni el concepto ni el éxtasis son operativos. Al sumergirnos la música en las *intimidades* del ser, nos devuelve inmediatamente a la superficie: los efectos de la ilusión se disipan y el saber se declara nulo. Nos revela y nos presenta al infinito *actual*, lo no-sentido por la filosofía, ese presente en devenir el cual es su realidad, la esencia misma de ella.

Pero en ese mismo período de tiempo, del Renacimiento a nuestros días, lo que ocurre en filosofía es el apagamiento de la era dorada helénica, lo cual no sucede con la música sino todo lo contrario. Según su mirada entusiasta, la música es la gran excusa y obra del mundo moderno occidental, fenómeno humano sin paralelo en ninguna otra tradición cultural. En ningún otro estamento civilizatorio encuentra el hallazgo de un Monteverdi, de un Bach, de un Mozart, por decir algunos. Por este arte es que la civilización occidental tiene alguna importancia y permanencia. Occidente revela su fisonomía y alcanza profundidad. Ese mundo moderno presenta para Cioran una esterilidad de creatividad en áreas humanísticas por no haber creado otra sabiduría y metafísica distinta a la griega; sólo ha sido un quedarse hurgando desde la hermenéutica posibles variantes; tampoco tiene una poesía que pueda decirse incomparable; la contraparte está en el campo de la música: en ella la modernidad occidental ha proyectado toda su fuerza y originalidad,

sutileza y misterio, asombro y capacidad para lo inefable. Si la modernidad ha amado la razón hasta rayar en la perversidad, nos declara que el verdadero genio de todo este espíritu nacido desde el Renacimiento ha sido un genio afectivo y festivo musical; con la carencia de la sensibilidad por el uso de la razón y su largo instrumentalizar cotidiano e industrial, social y político, ha acogido y explorado sus matices afectivos aletargados gracias a la inmaterialidad sonora de la música moderna. Por ella es posible superar la *hipertrofia del alma* (Cioran, 1980: 25). Sin la música, se hubiera producido y podido prever un solo estilo vulgar de civilización. En el balance de los siglos y el suceder de las civilizaciones hasta la occidental, este arte es el único que encuentra que no ha habido derroche; no sintiendo imprescindibles otras instancias para la historia, esta civilización encontró verdaderamente algo que se perderá con ella para el resto de los tiempos. Por ella, si bien nos vemos llevados forzados al despotismo de su presencia auditiva, también somos conducidos al placer de ser un dios o un loco, según nuestro gusto. Es por ello que Cioran entiende que si hubiera aceptado todas las debilidades suscitadas por la música, a sus llamados, a todos los universos culturales y estéticos que ella ha pedido y destruido de/en él, haría mucho tiempo que, por su orgullo, se hubiera perdido la razón. Sin embargo, concuerda en que si bien la música nos sumerge en las *intimidades* del ser, nos devuelve rápidamente a la superficie del mundo: *los efectos de la ilusión se disipan y el saber se declara nulo* (Cioran, 1980: 106).

La música nos devuelve y envuelve en el sentido de dolor y de permanencia, en la temporalidad inenarrable; al abocarse a realizarse en la embriaguez de lo múltiple; *la música es el refugio de las almas ulceradas por la felicidad*, nos dirá (Cioran, OC: 1995). La música, como elemento que nos dona el genio de la emotividad intrínseca, nos dirige al dolor de la existencia y a su posible aceptación. Más que encontrar un refugio de salvación, es impregnarse con la humedad de la desesperación, haciéndonos *palpar* el tiempo y nuestra caducidad aplazada.

De esta música occidental son tres los nombres que reiteradamente están presentes en él. Se sabe que la música instrumental de los siglos XVIII y XIX mostró a los poetas la posibilidad de un arte que estaba mucho más allá del lenguaje y de la representación. Y esta visión se

mantiene en nuestro autor. Sus autores preferidos son Bach, Mozart y Beethoven.

Bach es el compositor al que la teología le otorga objeto de estudio. Gracias a él la creación pareciera no ser ficticia, una nada perentoria; es por ello que si hay alguien que le debe todo a Bach, es Dios. En una carta de 1989 a Benjamín Ivry afirma que:

Sin Bach Dios estaría disminuido. Sin Bach Dios sería un tipo de tercera categoría. Bach es la única cosa que nos da la impresión de que el universo no es un fracaso. Por él todo es profundo, real, sin teatro. No se puede soportar a Ligt luego de (escuchar) a Bach... sin Bach sería un nihilista absoluto.

Bach mueve su ser al sentido de comunión con el universo y si es su música lo que le da para él valor y creación al universo, también lo lleva a encontrar que es el límite, el freno de la negación absoluta de todo. Por Bach, pareciera decirnos igualmente que vale la pena vivir sólo por escucharlo y comprenderlo, profundizar en él y encontrarse con el sentimiento de lo divino, pero sin la adoración a un dios; Dios, si es que existe, debería adorar a Bach, pues es por su arte que los hombres se adentran y logran entender algo de su existencia. Su música parecería llevarnos hasta las puertas del paraíso, mas no a su interior. Cosa distinta pasa con Mozart.

La música de Mozart da sentido y significado a la eternidad para aceptarla dentro del universo; encuentra que se desgaja de ciertos *andantes* de Mozart una desolación etérea, y habitamos como en un sueño de *funerales* en la otra vida. Para él, escuchar su música lo hace sentirse poseedor de alas de ángel (Cioran, 1995). Declara que podría ser la música oficial del paraíso. En él, el *efecto Mozart* también lo ha sacado de sus hundimientos y desesperaciones; con esa música se evade y sacude al mal humor. Su obra no deja paso al dolor. Toda ella no denota sino *símbolos de felicidad: ondulación, transparencia, pureza, serenidad. Ondulación: esquema formal de la felicidad (Ibídem).*

De Beethoven, si bien lo recrimina por su romanticismo, declara que ante la neutralidad sentimental barroca de Bach y la luz de la dulzura eterna mozartiana, introduce los *saltos de humor*; con su música se dejó colar la *cólera* en el espectro del arte musical occidental.

Pero sus opiniones no quedan ahí. Su agria mirada se dirige a hablar de Chopin, quien en sus composiciones promovió el piano al rango de la tisis, por su afectación melódica. De la música italiana del siglo XIX, bosque de canciones, encuentra a faltar la dimensión de la noche, el arte de comprimir las sombras para extraerles la esencia. Prefiere tomar partido por Brahms y no por el sol de la empalagosa melodía operística tedesca.

Sin embargo, la última pasión musical que descubre y cultiva este rumano parisino se debe a una forma musical de arrabales y de Sudamérica. Me refiero al tango. Cioran se consideró un gran amante del tango; se hizo para él una verdadera debilidad. Pero encuentra cierta decadencia en las últimas audiencias a las que asiste. En una de ellas, desarrollada en París, por supuesto, encuentra que el tango había degenerado. En una carta a Benjamín Ivry declara que al director del espectáculo lunfardo al que asistía, le envió unas palabras diciéndole que le gustaría que sus interpretaciones fueran más melancólicas, menos efectistas y bulleras. Su espíritu había cambiado; ese tono lánguido se ha vuelto más dinámico, la prisa lo impregna; siente que ha perdido profundidad e intimidad, largura y lentitud; se ha vuelto más música de calle que de intimidad burdesca y de desgarró. Sin embargo, sus afectos por él fueron definitivos: «Mi última pasión era el tango argentino» (Cioran, 1995).

La música, como hemos podido notar, será el único arte que se salva de este panteón de figuras y formas moribundas artísticas de la creación moderna occidental. La música es lo único real, pues por ella se nos ofrece un sentido de lo absoluto. De lo absoluto vivido, vivido gracias al asentar nuestro ser sobre el horizonte de una inmensa ilusión. Y se nos saca de tal éxtasis sonoro en el momento en que se restablece el silencio. La música es un absoluto efímero y, en suma, una paradoja. Al estar rodeados por ella sentimos lo absoluto en la intimidad de nuestro ser por medio de su ilusión; al dejarnos envolverse de silencio se nos regresa a la dureza de la realidad del ser, a la desesperación de existir. Es por ello que escuchar música es una experiencia que debe ser infinitamente renovada para perpetuarse; en ella estamos próximos a una experiencia mística de la cual a cada instante se pierde su trazo volátil al reintegrarnos en la carga de lo cotidiano. Se accede al mundo de la

música solamente cuando se traspasa lo humano, al mundo consciente, a la integración con la cultura muda reinante. La música termina siendo así un universo autónomo, el más real por ser el más sentido, un espacio insaciable y evanescente ante nuestro ser. De ahí concluirá advirtiendo que aquel individuo que no pueda adentrarse en su magia, no tendrá permiso para bañarse entre las aguas sonoras de su cordialidad; en esa diferencia y carencia se encontrará privado de la razón misma de su existir. Como el mismo Nietzsche dijo: *Sin música la vida sería un error*. Sin embargo, he ahí su paradoja referida, lo supremo de ella es inaccesible. Y ello sólo lo comprenderán aquellos para quienes es indispensable en tanto ser de vida; sus palabras son rotundas; *la música nos debe volver locos, si no ello es nada*.

El estado mental y sensual de la música no se lo presenta como una ilusión, pues ninguna ilusión nos da una certeza tan amplia como sensación orgánica y expresiva desde su esencia. Es la búsqueda de tratar de escuchar el resonar del alma, del cuerpo y la diferencia ante el silencio del ser. Ser un torrente sonoro en posesión integral del mundo sin dejar de preguntarse uno mismo por qué no podemos ser acaso un universo. *Nadie ha probado con loca e incomparable intensidad el sentimiento musical de la existencia si no ha sido tomado del deseo de esta exclusividad* (sonora) (Cioran, 1995, 113). Nuestro cuerpo es un eco de sonoridades que desvela el dolor y la alegría del misterio musical; en ese instante se siente la existencia entera como si fuese una melodía; nos hundimos en una convergencia de sonidos, en un *élan* melodioso y una comunión universal; la música disgrega y reduce mi sustancia a un ritmo puro; devengo inmaterialidad suave y rítmica, donde buscar al propio yo ya no tiene sentido, *porque (por) mi melodización, me metamorfoseo en melodía, en ritmo, sacándome de todas las relatividades ordinarias de la vida* (Cioran, 1995: 114); se tiene que vivir hasta el fondo el sentimiento musical de la existencia si se le puede soportar tal temblor inexpresable, extrañamente profundo, nervioso, extenso; llevándonos a los límites del paroxismo. *Temblar hasta el punto donde todo se vuelve éxtasis*. Dicho *éxtasis* musical es el retorno a la identidad perdida, a la originalidad del ser, a las primeras raíces de la existencia. En ella sólo hay el ritmo puro de la existencia, *la corriente inmanente y orgánica de la vida* (ídem). Así es sólo como puede entenderla. Por ella

ya no sólo se viviría en un perenne error gracias a su carencia, sino que por ella es el manantial donde nacen todas las revelaciones del ser.

Para Cioran, es en la música y en el amor donde se prueba y aprueba una alegría al morir. De llegar a sentir ese espasmo de voluntad al sentir que se muere de no poder soportar más nuestras vibraciones interiores. Una alegría de morir sin la idea obsesiva de la muerte. Sólo el amor y la música nos otorgan sensaciones únicas del vivir.

En la antigüedad griega, sólo la poesía puede reparar la pérdida de la música y del movimiento rítmico. Es interesante advertir que los verdaderos representantes de la *paideia*, de la educación del alma ciudadana griega, no son los llamados artistas mudos –escultores, pintores, arquitectos– sino aquellos que tienen que ver con el sonido, el ritmo, la palabra, el diálogo, es decir, los poetas y los músicos, los filósofos. La música formó parte importante para el pueblo de Esparta y sobre todo fue un elemento esencial para la formación del *ethos* (del carácter) humano en su totalidad. Para Platón, esa formación es su primer peldaño formativo en su utópica y aberrante república; también, a modo de remedo espartano, concibe el plan formativo del alma de su ciudadano a través de la música. Era la música y la danza el peldaño primero para alcanzar a observar más de cerca la esencia de las cosas y explorar intelectualmente más de cerca su teoría de las ideas. Cioran es más práctico y suicida, más moderno, ¡por supuesto!, y más musical que filosófico de una manera indiscutible. Sus palabras nos proponen un ejercicio estético y filosófico en tanto lectores de sus desesperos nocturnos. Nos dice: *¿Para qué frecuentar a Platón cuando un saxofón puede también hacernos entrever otro mundo?* Una frase propia para un planeta invadido por la carne, donde pareciera que el paraíso es la ausencia del hombre. Sólo la música pareciera curar, a sus ojos, esa enfermedad que es la conciencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CIORAN, E.M. (1998). *Breviario de la Pobre dumbre*. Madrid: Taurus.
CIORAN (1995). *Oeuvres*. París: Gallimard.
CIORAN (1982). *La caída del tiempo*. Caracas: Monte Ávila Editores.
CIORAN (1980). *Adiós a la Filosofía*. Alianza Editorial, Madrid.